

Tolvanera de verano

Autor: Arecibo

Categoría: Amor / Románticos

Publicado el: 24/02/2020

Leonor era una mujer en guerra, una luchadora contumaz en continuo y desesperado combate contra la contaminación, los residuos y la desidia hacia la sostenibilidad del planeta que como un tumor maligno se extendía implacable por todos los estratos de la sociedad. Y ahora también lo estaba contra el que era su novio, Javi, pues ese: «¡Solo es una bolsa de plástico! So histérica...», que le dedicara cuando se levantó de un salto de la toalla en la que tomaba el sol aquel caluroso día de playa, tras la bolsa que un inesperado vendaval le arrebatara de entre las manos, era toda una declaración de intenciones; un punto de inflexión del que no creía que saliera indemne la relación.

Tres años de convivencia. Se lo habían pasado bien esos años, por supuesto, y al principio su recién estrenada pareja se esforzó por doctorarse *cum laude* en el correcto uso de los contenedores de reciclaje –«Amarillo para latas, envases y briks, pero no para la maquinilla desechable –había aleccionado Leonor cuando Javi se encontró con la casa tomada por los diferentes cubitos de basura–. Papel y cartón en el azul. ¡No!, las servilletas usadas en el orgánico, y el vidrio en el verde. ¡Ojo! Vidrio, que no cristal–. El muchacho encajaba con una sonrisa, estoico, cada una de las lecciones que Leonor le daba en materia de reciclaje. ¡Incluso llegó a separar aceites, pilas y bombillas! Ella a cambio, aceptaba de buen grado la exacerbada afición del muchacho por el deporte, acompañándolo en la medida de sus posibilidades.

Las brasas de la pasión se extinguieron lentamente por causas naturales pero la pareja, en un alarde de insensatez, en vez de fomentar un término sereno y cordial de la relación, se dedicó a avivar el fuego del enfrentamiento y así, las particulares inclinaciones de cada uno se convirtieron en dardos envenenados que el otro arrojaba a la menor ocasión. Eso sí, nunca se había traspasado la inaceptable barrera del insulto, y si ella era una histérica, él no era más que un borrico embrutecido.

Obstinada, Leonor continuaba la persecución de la bolsa en su alocada huída hacia ninguna parte, esquivando sombrillas, neveras y cuerpos enrojecidos de intenso olor a protector solar cuando de repente la ráfaga de aire se encontró con otra que venía en sentido contrario, abrazándose a ella en una espiral de pasión que provocó el caos en varios metros a la redonda. Papeles, bolsas, arena,... ¡hasta sombrillas volaron sin control alguno en torno a Leonor!, que cegada chocó contra

un cuerpo que como ella se había visto sorprendido por la inesperada tolvana. «¡La bolsa...!», se le escapó a la chica con el aire expulsado por el encontronazo; «¡La botella...!», le respondió el invisible obstáculo. Cuando el remolino se diluyó, tan rápido como se había creado, Leonor se encontró despatarrada sobre la arena con una botella de plástico vacía en la mano, junto a un muchacho tirando cuan largo era con la bolsa huidiza apresada bajo su cuerpo. Se miraron sorprendidos, enarenados de arriba abajo, y no pudieron más que reír.

–David –se presentó el muchacho tomando la iniciativa. Una máscara de arena y crema solar factor 50 le cubría la cara, resquebrajándose en torno a los ojos y a la comisura de los labios al sonreír–. Cazador de botellas.

–No muy bueno, siento decir –apuntó la joven risueña, mostrándole triunfal la presa atrapada.

–Tampoco usted lo es en lo referente a bolsas, señorita...

–Leonor.

–Leonor...

–Dame la bolsa, David. Me encargaré de tirarla.

–En el amarillo, por favor.

–La duda ofende.

–¿También perteneces a Amigos de la Tierra?

–Gaia Primigenia. Una asociación mucho más pequeña.

–No hay esfuerzo pequeño en nuestra lucha.

–Cierto.

–Y dime Leonor, de Gaia Primigenia... ¿Podría invitarte a un refresco que nos limpie la garganta de arena?

–Tendría que ir a por mis cosas.

–Por supuesto.

–Me las guarda mi novio.

–Vaya...

–Estaré de vuelta en quince minutos.

–¿Con tu novio?

–Solo con mis cosas.

Tras una tarde de risas, confidencias y mucho compromiso por la que era una lucha común, Leonor decidió abandonar la relación tóxica en que se había convertido la vida junto a Javi. Antes de cerrar la puerta del que fuera su hogar los últimos tres años, la muchacha dejó sobre la mesa de la cocina la bolsa y la botella de plástico recogidas el día anterior, junto a una nota que decía:

Javi, ya sabes dónde tirarlos.

Fdo.: La histérica

* * *

Siete años después, Leonor y David, se encuentran en Nuevos Ministerios ante el espectacular escenario donde ha concluido la Marcha por el Clima, multitudinaria manifestación organizada en protesta contra la COP25 en la que los ecologistas poca o ninguna fe tienen. La pareja mantiene viva la llama de la pasión, mucho más fuerte y duradera que la tolvenera de verano que los uniera hace ya tanto tiempo, y como testimonio del amor que se tienen está Joaquín, que sobre los hombros de David, expectante, señala cuanto llama su atención. De pronto, el cuerpo del pequeño se tensa: «¡Ahí está!», grita a voz en cuello para hacerse oír por encima de la estruendosa ovación que ha inundado la explanada, señalando a la delgada joven que con paso tímido se ha colocado en el centro del escenario. «*Skolstrejk för klimatet*», puede leerse en el cartel que lleva entre sus

manos.

–Papá. Mamá. ¡Es Greta. Greta Thunberg!

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Arecibo](#)

Más relatos de la categoría: [Amor / Románticos](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)